

España en la Argentina

—1922—

LOS SIETE ABANDERADOS DE LA CULTURA

JACINTO BENAVENTE

Vino a B. Aires como quien es, trajo a la Argentina toda la emotividad de su obra, obra fuerte, acaso demasiado detallista para los que no gustan el detalle en su concepto de "trozo de vida", y acaso demasiado amarga en el fondo para los que amoldaron la sensibilidad dentro de principios estéticos generales.

Benavente el mefistofélico fué halagado en este generoso continente de la América Española con la nueva de que el premio Nobel le hizo justicia. Como Echeagaray y Ramón Cajal, Benavente ha triunfado. Es el término de las voluntades firmes y de las perseverancias templadas. Don Jacinto supo salir victorioso de sí mismo. Dijérasele un monje cartujo que empezó a miniar su códice en España para concluir el ex-libris en América, y bajo la última guirnalda del dibujo trazado aquí, entre las dos simbólicas manos que se estrechan protegidas por el gorro frigio de la República, campea el laurel griego y algo así como un aroma de pueblo soleado y grave, aquel pueblo donde nació, una mañana de verano, la valiente pasión de "La Malquerida".

RAFAEL MARQUINA

Nos lo encontramos en la metrópoli con la seriedad del hombre acostumbrado a la observación desde niño. Su sonrisa tenue no había desaparecido, ni tampoco su timidez simpáticamente catalana.

Estuvo en Buenos Aires, buscó emociones aisladas y halló cintillos de emociones que llenaron sus correspondencias para "El Sol" de Madrid. Periodista enamorado de la profesión, y artista como su hermano Eduardo, en la labor de Rafael Marquina se aprende serenidad. Esa serenidad le ha servido de salvoconducto, y ella intercedió en el ánimo del ex presidente Irigoyen cuando Marquina entró en el despacho de la Presidencia.

Dícese que el escritor catalán o trabajará en una antología de poetas sudamericanos, o publicará un estudio sobre la Argentina en sus relaciones artísticas con España. Haga lo que haga, el resultado será amable y digno del mejor éxito.